



**Frederik Pohl &
Jack Williamson**

El final de la Tierra

Dos maestros del relato han colaborado en una historia épica del desastre y del pueblo heroico que triunfó sobre él. Pohl y Williamson, en esta interesante aventura acaecida en un futuro muy posible, han realizado lo que muy pocos son capaces: tejer un tapiz de acontecimientos y personajes, vivo en los detalles y memorable por el heroísmo y el sacrificio de quienes sobrevivieron a un cataclismo y a la pesadilla de sus consecuencias.

«Verano Ozónico» era un término sin sentido para los habitantes de la Tierra, tanto para los que vivían en la superficie como para los que habitaban las Dieciocho Ciudades submarinas. Cuando el cometa Sicara estuvo a punto de colisionar con la Tierra, Ron Tregarth y Graciella tuvieron que enfrentarse a los desastres del ardiente y radiactivo verano ozónico que casi destruyó la vida vegetal.

Este libro esta dedicado a la memoria de Judy-Lynn del Rey. Vivió de 1942 a 1986. No fue demasiado.

En la mente del Eterno todos los seres viven eternamente.

En la mente del Eterno viven los moluscos y los hombres, un capitán marino y un niño. Muchos viven para siempre en la mente del Eterno, con todas sus alegrías, terrores y amores.

En la mente del Eterno viven los recuerdos de la colisión de los mundos y la muerte terrible de las estrellas. Los planetas se enfrían. Las razas perecen. La gran burbuja del universo se hincha interminablemente hacia afuera. Pequeños copos del ser danzan alrededor unos de otros, nacen, mueren... todo en una trillonésima de segundo..., pero siguen viviendo en la mente del Eterno.

En la mente del Eterno hay un lugar para todo lo que ha sido alguna vez... para el surgimiento de las cadenas montañosas y para el lento desgaste de sus raíces... para que los mares se extiendan y se cierren. En la mente del Eterno hay incluso espacio para el amor, para un amor que indica a todos los seres a que entren y vivan eternamente... en la mente del Eterno.

EL ÚLTIMO AÑO

Capítulo 1

Cuando su calamar gigante trató de comerse al embajador de PanMack, Graciela Navarro no había oído nunca hablar del Eterno.

A Graciela le iba muy bien la vida. Tenía un trabajo importante y bien remunerado: dirigir la escuela de entrenamiento para calamares de la Ciudad Atlántica. Tenía un amante, Ron Tregarth, que le era muy querido. Vivía en Ciudad Atlántica, la mejor y más libre de las Dieciocho Ciudades subacuáticas, y estaba segura de que la vida bajo el mar era mejor que en cualquier lugar de la superficie abarrotada, maloliente y opresiva de la Tierra.

Lo que falló fue que su mejor estudiante, el calamar Nessus, salió al exterior tratando de llevarse al gordo marinerero de agua dulce, el doctor embajador Simón McKen Quagger, a la vasta piscina de calamares, y claro está a su boca enorme y amenazante.

No pudo haber sucedido en un momento peor. Era el día de la graduación de su primera clase de calamares entrenados —no, Graciela no hubiera utilizado la palabra entrenados, sino educados—, y estaban allí todas las personas importantes. Los seis calamares graduados habían aprendido a manejar las máquinas cosechadoras, cultivadoras y sembradoras. La propia alcaldesa, Mary Maude McKen, pronunciaba el discurso de apertura. Junto a su señoría, la alcaldesa, estaba el todavía más honrado y anciano Eustace McKen, que se encontraba de visita en Atlántica dentro de su gira habitual por las Dieciocho Ciudades; no tenía una casa habitual porque todas las ciudades desea-

ban su presencia. Estaba el embajador de PanMack con su secretario. Y se encontraba también una persona que a Graciela le importaba más que todos los dignatarios, pues era el hombre al que amaba. Más de cien de los principales habitantes de Ciudad Atlántica se amontonaban en los estrechos pasillos que rodeaban la inmensa piscina. Incluso el embajador Quagger, un hombre grande y grueso de ojos pequeños y repulsivos, había simulado ser afable al donar, como recuerdo de su visita estatal, un busto de sí mismo feo, brillante y de color cobre... ¡Y luego esto!

Resultaba increíble que Nessus hubiera sido el culpable. Era el más grande de los calamares que estaban a cargo de Graciela. Era también el más listo y de ordinario el de más confianza. Graciela quedó sobrecogida cuando, sin previo aviso, Nessus dejó caer la cultivadora mecánica en forma de torpedo que estaba remolcando a lo largo de la piscina y se lanzó hacia el embajador.

¡Todo había ido tan bien hasta entonces! Los seis calamares se deslizaban por la piscina obedeciendo sus órdenes de mando. Mediante la caja de voces implantada que llevaba cada uno, dijeron sus propios nombres y saludaron a la Alcaldesa, también por su nombre. Ron Tregarth, el hombre con el que Graciela quería casarse, le sonreía con orgullo. La ceremonia se hubiera celebrado sin dificultad si Nessus no hubiera tratado de comerse a su distinguido huésped de honor, el embajador de PanMack.

La secuencia de lo ocurrido era muy clara. En ese momento la alcaldesa estaba pronunciando su discurso de despedida de pie en la tarima de alimentación situada sobre la piscina ancha y profunda de los calamares, dentro de la bóveda de la escuela. El público estaba sentado ordenadamente en las filas de bancos que había al lado de la piscina. Los seis calamares que se graduaban, de los que Nessus, el más grande, era el más próximo, se retorcían con inquietud un poco por debajo de la superficie. El embajador Quagger estaba en la primera fila, acariciando con aire de

ausencia su busto rojizo, inclinado hacia adelante, mirando la piscina con el ceño fruncido.

Un momento más tarde se producía un chapoteo.

El doctor embajador Quagger estaba en la piscina cayendo directamente en los tentáculos de Nessus. Medio segundo más tarde, los ocho brazos largos y los dos cortos del calamar se enroscaban alrededor del embajador de PanMack, atrayéndole hacia su enorme cuerpo en forma de torpedo, y el embajador chillaba de miedo al verse impulsado hacia esa inmensa boca abierta.

Otro medio segundo más tarde, Graciela Navarro cortó la superficie de la piscina con una zambullida limpia.

—¡Nessus! —farfulló—. ¡Nessus, no! ¡Nessus, dañar hombre, no!

Y no pudo decir nada más porque estaba bajo el agua, empujando y tirando de los grandes tentáculos en la zona de su base, en donde no había discos de absorción que la sujetaran, mientras su rostro se hallaba frente a uno de los inmensos ojos fijos del calamar. El ojo, redondo, brillante e inhumano, era más grande que toda la cabeza de Graciela.

Pero Nessus la reconoció. A desgana, así lo pareció, el calamar estiró los tentáculos. El embajador cortó la superficie del agua con un grito asustado y colérico por la falta de aire. Una docena de manos le ayudaron a salir de la piscina... considerando su volumen, no más de las necesarias.

El incidente había terminado.

Graciela pensó que había sido lo peor que le había sucedido en toda la vida; pero entonces todavía no había oído hablar del Eterno. Ni ninguna otra persona. Ni tampoco había oído hablar del cometa Sicara, aunque en la Tierra algunas personas conocían su existencia, una o dos de las cuales apenas sí pensaba en otra cosa.

En este vigésimo quinto año desde la fundación de la primera de las Dieciocho Ciudades no había mejor lugar en la Tierra que una de ellas. ¡Que los torpes habitantes de las áreas superficiales de la Tierra libaran sus guerras mezqui-

nas y destructivas y acabarían con su suelo y atmósfera! El fondo marino era prístino y puro. Como todos los demás «palmípedos» —los habitantes de las Dieciocho Ciudades no despreciaban el apodo que les daban los marineros de agua dulce—, Graciela Navarro no envidiaba a nadie en el mundo. Las personas de tierra eran ricas y terriblemente fuertes en sentido militar, y muy numerosas. Pero las Dieciocho Ciudades poseían aquello que ningún marinero de agua dulce tenía. Libertad.

Graciela Navarro no estaba en absoluto convencida de que ese doctor embajador Quagger mereciera más respeto o deferencia que el más humilde de los filtradores depuradores de Ciudad Atlántica. Por eso, cuando le dijeron que fuera a ver a la alcaldesa —¡en el propio despacho de Graciela!— no se apresuró.

Tenía otras cosas en la cabeza, y la más importante de todas era su escuela. Tenía que tranquilizar a los calamares graduados, que se agitaban ahora inquietos en la piscina. En cuanto Quagger estuvo a salvo y el resto del público comenzó a dispersarse, Graciela volvió al agua. Nadó entre ellos, silbándoles y dándoles golpecitos amorosos, llamándoles por su nombre, acariciando suavemente los pequeños discos de succión que tenían en la punta de los tentáculos, y con más fuerza la piel suave y fuerte de sus capas y sifones.

Cuando parecieron más tranquilos, guió a Nessus y a una calamar de tamaño mediano llamada Holly hasta la cámara de recompresión. No entró con ellos —¡imposible sin un traje de presión!— pero cuando la cámara estuvo cerrada observó a través de la pared de cristal cómo las válvulas iban dejando entrar la presión del mar profundo. Los calamares se agitaron levemente al sentir el cambio. Para ellos no era nada molesto ni doloroso; conseguían su flotabilidad químicamente, y no mediante vejigas natatorias llenas de gas, como otras formas de la vida marina, por lo que no había nada en su cuerpo que les produjera incomodidad

cuando se comprimían o distendían por los cambios de presión. En cuanto el dial de la cámara mostró la normalización con respecto a la presión del mar profundo exterior, las puertas se abrieron. Nessus y Holly salieron nadando lentamente, con suaves impulsos de sus sifones. Una vez fuera se quedaron quietos, ondeando aletas y tentáculos para mantenerse allí, mientras las bombas aliviaban la presión de la cámara para poder admitir a los otros cuatro.

Cuando todos se marcharon, Graciela Navarro nadó hasta el borde de la piscina en donde la estaba esperando Ron Tregarth. A su lado estaban las dos mujeres que actuaban como sus oficiales ejecutivos en su dominio submarino; Vera Doorn, que había ido con él en su último viaje al continente, y Jill Danner, que le acompañaría en el siguiente. Las dos eran mujeres jóvenes de aspecto muy agradable, y Graciela se preguntaba a veces por la razón de que Ron Tregarth la prefiriera a ella. Desconocía la respuesta; pero se sentía agradecida de que así fuera.

Los brazos de Tregarth estaban ya extendidos hacia ella. Graciela le cogió por las muñecas y, con un movimiento fácil, él la sacó del agua, dejándola a su lado.

—Su señoría te está esperando en tu despacho, amor mío —dijo sonriendo—. Imagino que sus piecitos estarán pateando de impaciencia.

—No tienes nada de qué preocuparte. Al fin y al cabo, salvaste la vida de ese gordo marinero de agua dulce —añadió Jill Danner—. ¿Quieres que vayamos contigo para testificar?

—Eso no le gustaría —respondió Graciela—, pero gracias de todos modos.

—Te traje la ropa, no querrás enfrentarte a ella con la de trabajo.

Tregarth era medio metro más alto que su novia, y pesaba el doble; él era un rubio vikingo y ella una mediterránea morena, aunque había pasado sus 19 años de vida a kilómetros de distancia de la luz del sol. Él le ayudó a vestirse y

se quedó allí de pie mientras se calzaba los coturnos. Graciela se dio cuenta de que la mirada de Tregarth la traspasaba, que estaba mirando más allá de las paredes de la bóveda de cristal, hacia donde iban empequeñeciéndose las pequeñas luces de los taxis submarinos que conducían a alguno de los huéspedes hacia el brillo distante de la bóveda principal de Ciudad Atlántica.

Graciela, sin saber que iba a decirlo y lamentándolo enseguida, afirmó:

—Preferirías estar en tu nave en lugar de aquí, ¿no es cierto?

Él contestó rápidamente:

—No mientras estés tú aquí, Graciela —y luego admitió con sinceridad—: pero por todo lo demás sí, pretiero estar en una nave que en una ciudad. En las ciudades siento el amontonamiento. Quizá tanto como cuando estoy en la parte superior de la nave con los marineros de agua dulce.

Ella asintió con seriedad, cerrando el cinto del vestido, y suspiró. Ese era el mayor problema al que se enfrentaba Graciela; al menos así lo creía antes de haber oído hablar del cometa Sicara y del Eterno. Ella y Tregarth raras veces hablaban de ello, pues ambos sabían que no había una buena solución.

El trabajo de Graciela estaba en la bóveda de la escuela, con los calamares. El de Ron Tregarth era el de pilotar su gran submarino de largas distancias, rastreando todos los mares de la Tierra en viajes que podían durar varios meses.

¿Era posible reconciliarlos? ¿Tenía algún sentido casarse si no iban a poder estar juntos? Y si se casaban, ¿cuál de ellos cedería ante el otro? ¿Sería capaz Graciela de dejar a sus preciosos cefalópodos y el importante trabajo que realizaba con ellos por una vida errante como esposa de un capitán de submarino? ¿Sería capaz Ron de tragarse el ancla y encontrar algún trabajo en Ciudad Atlántica o en los alrededores de la escuela?

Si existía alguna respuesta válida, Graciela no la había encontrado.

Graciela —dijo Vera Doorn con vacilación—, creo que su señoría te está esperando ahora...

—Sí —respondió Graciela Navarro—. Será mejor que no la haga esperar.

Besó en los labios a Tregarth y se despidió de los tres con la mano antes de que, mordiéndose los labios, se dirigiera hacia los ascensores que conducían a su despacho. Su mente no estaba puesta en la alcaldesa. Estaba pensando en la gran decisión que ella y Ron Tregarth tendrían que tomar antes o después... la mayor decisión a la que se enfrentaría en su vida, pensó. Pero entonces no sabía nada todavía ni del cometa Sicara ni del Eterno.

La alcaldesa miró a Graciela Navarro.

—Te has tomado tu tiempo —se quejó con irritación.

Era evidente que estaba furiosa. Con los talones golpeaba impacientemente la pata de la mesa en la que estaba sentada, para lo que había apartado el montón de publicaciones sobre anatomía y psicología conductual de los moluscos y los programas de traducción lingüística. La silla de la mesa de Graciela la ocupaba a rebosar el voluminoso doctor Embajador Simón Mcken Quagger. Tras él se encontraba de pie un hombre joven, esbelto y rubio, cuya presencia había observado Graciela al lado del embajador. Ahora se movía por la habitación tomando fotografías de Graciela y su jefe con una cámara de muñeca.

—Lo siento. Tuve que esperar a que salieran los calamares —se excusó Graciela.

—¡Lo siento! —gritó la alcaldesa—. El embajador y yo te hemos estado esperando para que te excuses por el peligro que permitiste que corriera. ¿Te das cuenta de que ese animal tuyo podría habérselo comido?

—No, no. Eso es imposible —protestó Graciela—. Si Nessus hubiera querido comerse al señor Quagger, con se-

gundad lo habría hecho. ¿Tiene alguna idea de lo fuerte que es?

—¡Pues eso es lo que pareció!

Graciela, diplomáticamente, contestó:

—Únicamente se me ocurre que el embajador debió estimular accidentalmente los reflejos alimentarios de Nessus... ¡Sólo parcialmente, desde luego! Lo suficiente para empezar a atraerle. Si se fija en los brazos del señor Quagger —¿lo ve?— se dará cuenta de que no hay cicatrices. Nessus es un calamar macho adulto y de gran tamaño. Si realmente hubiera ido en serio, el señor embajador tendría señales circulares de succión en todo el cuerpo, del tamaño de un plato. Pero realmente le pido excusas... —se acordó de añadir.

La disculpa no fue espontánea. A Graciela no le gustaban las gentes de PanMack; en realidad las de ninguna parte de la superficie seca de la Tierra. ¡Eran tan violentos! Los marineros de agua dulce se estaban peleando siempre unos con otros. Los dominios territoriales McKen PanMack contra los afroasiáticos, los estados europeos contra los otros dos. Se sabía que incluso los propios McKens arreglaban sus diferencias con una algarada preparada o un «incidente fronterizo» entre los cuatro grandes feudos del imperio PanMack. Hasta ahora eso era todo. Los McKens al menos habían impedido que comenzara una guerra nuclear completa hacía unas décadas.

Y eso, pensó Graciela con un estremecimiento, había estado muy bien, pues si estallara una guerra importante se producirían problemas en las Dieciocho Ciudades. Alguno de los imperios de los marineros de agua dulce aprovecharía seguramente la oportunidad de adquirir una o dos ciudades submarinas que añadir a sus dominios.

El embajador la miraba ceñudo. Había una cierta atención en su expresión, una especie de interés por ella que a Graciela le gustaba todavía menos que su cólera. Luego cambió la expresión de su rostro. Se suavizó, convirtiéndose-

se en una sonrisa amplia y falsa. Miró al ayudante que llevaba la cámara de muñeca para asegurarse de que le estaba filmando y dijo:

—Mi querida joven, no es necesario que se preocupe. ¡Los accidentes suceden! Y ciertamente entiendo su cariño por ese, uhm, ese animal. Yo también tengo un cachorro llamado Angie que me es muy querido. Simpatizo totalmente con su lealtad hacia su... uhm... su molusco.

Con todo cuidado estaba presentando a la cámara al hablar su mejor perfil. Graciela vio que, además de la cámara en una muñeca, el ayudante tenía una grabadora en la otra; la generosidad del embajador estaba siendo conservada para la posteridad.

—Debería presentarle a mi amanuense, el señor Newton Bluestone —añadió el embajador—. Me está ayudando a escribir mis memorias; le enviaré un ejemplar cuando estén terminadas. Estoy seguro de que le resultarán interesantes. Pero confieso —añadió con un suspiro— que estoy un poco cansado de esta... esta experiencia. Con su permiso, me gustaría retirarme a mis aposentos. ¡Vamos, Newt!

El hombre apagó la grabadora y la cámara y corrió a ayudar al doctor embajador Quagger a salir de la silla. Sonriendo y produciendo sonidos sibilantes, el gordo se despidió con la mano de la alcaldesa y pesadamente se dirigió hacia la puerta.

Al irse, se dio la vuelta moviendo un grueso dedo hacia la alcaldesa. —Y ahora— la reprendió humorísticamente, —por favor, no vaya a ser demasiado dura con la joven cuando yo me vaya, señora alcaldesa. Estoy seguro de que no pretendía hacer ningún daño. Volveré a estar como una rosa en cuanto haya dormido bien una noche, estoy seguro.

—Que duerma bien, señor embajador —dijo la alcaldesa—. ¡Y gracias por su generoso regalo! ¡Adiós, señor!

Graciela Navarro, con la mirada de la alcaldesa puesta sobre ella, le dijo adiós y, a desgana, añadió: —Señor.

Cuando la puerta se cerró, la alcaldesa se levantó y empezó a recorrer la habitación mirando a Graciela.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó con impaciencia—. ¿No puedes hablar amablemente al embajador?

Graciela volvió a tomar posesión de su mesa, comprobando la silla para ver si se habían roto los muelles.

—Le hablé con amabilidad, alcaldesa. ¿Por qué le llamó «señor»? ¡Sólo es un gordo desagradable que nos trata a todos como si fuéramos inferiores!

La alcaldesa se dejó caer sobre el sofá que había al lado de la mesa.

—Es un gordo desagradable que está aquí para negociar un contrato comercial, Graciela. Y, desde su punto de vista, somos sus inferiores. ¡Su madre era una Mcken!

—También usted es una Mcken —señaló Graciela.

La alcaldesa sacudió la cabeza.

—Me casé con un Mcken. Fue un error por ambas partes y nadie se da cuenta de eso mejor que Quagger. Pero lo que piensa de nosotros no tiene nada que ver. Necesitamos ese contrato para sobrevivir. ¿Se da cuenta de lo difícil que es fabricar acero bajo el mar?

Graciela se encogió de hombros.

—El refinado eléctrico es más caro, sí...

—Es terriblemente caro, y necesitamos el dinero para otras cosas. Por tanto, tenemos que exportar alimentos y medicinas a los marineros de agua dulce... quiero decir a las gentes de la superficie, junto con los minerales de los manantiales termales. Eso nos permite comprarles el acero y algunas de sus mercancías manufacturadas, y así vivimos mejor. ¡No tenemos que gustarles, Graciela! Ciertamente no tenemos que aceptar su política ni su estúpido sistema clasista. Pero necesitamos su comercio. Por tanto —dijo con decisión— quiero que hagas amistad con el embajador.

—¿Yo? ¿Amistad? ¿Con él?

—Llevarás al embajador Quagger a recorrer el fondo marino —dijo con firmeza la alcaldesa—. Sé amable con él.

Procura gustarle. Si puedes, consigue incluso que le gusten tus calamares. Hazle entender que los habitantes de las Dieciocho Ciudades somos personas decentes y dignas de confianza, y sabemos pagar unos favores con otros.

—Pero alcaldesa —se quejó Graciela—, hay muchas personas en Ciudad Atlántica mejores que yo para eso.

—Pero tú tienes el calamar —dijo la alcaldesa pensativamente—. ¿Oíste lo que dijo? El también tiene una especie de animal. Entiende tus sentimientos hacia el calamar.

—¡Mis calamares no son cachorros! —Será mejor que le hagas creer que lo son, Graciela; eso él lo puede entender. Solicita un par de trajes a presión y un trineo marino y llévale mañana. Enséñale nuestras granjas, nuestras centrales eléctricas, los manantiales termales... sobre todo enséñale cómo los calamares trabajan para nosotros. Y al volver no te olvides de enseñarle nuestro museo.

—¡Museo! —Graciela hizo una mueca—. ¿Cree usted que un marinero de agua dulce se interesa por la arqueología submarina? Graciela tomó una inspiración profunda y explotó:

—¡Alcaldesa McKen, ahora tengo que enfrentarme a un trabajo enorme! La graduación de esa primera clase fue sólo el principio. Tengo otros catorce calamares a los que enseñar; a los que hacer implantes de voz; a los que entrenar para utilizar los comunicadores. ¡Esa escuela es importante para el futuro de Ciudad Atlántica, y todo depende de mí!

—Te equivocas —respondió con cortesía la alcaldesa—. De lo que depende la escuela es de la financiación del presupuesto de Ciudad Atlántica. Eso significa dinero y depende de nuestra balanza de pagos con PanMack y los otros importantes socios comerciales de tierra firme. Como, por ejemplo, el embajador Quagger. ¡Y lo que contenga el presupuesto, Graciela, dependerá de lo que yo solicite como alcaldesa!

—¡Pero, su señoría, la escuela es importante para nuestro futuro! Los calamares pueden ayudarnos a ganar mucho